

riesgo de que sea cortada, hasta que no se consiga, aprovechándose de las circunstancias estratégicas, dar á esta línea una dirección tal que el ejército conserve detras de sí una retirada segura. Esta atención es muy importante y uno de los principios mas comunes del buen ó mal éxito. Tómese por ejemplo la línea de operaciones del ejército francés en 1800 por el Monte de San Bernardo y se verá que Napoleon despues de haberle hecho pasar los Alpes, no le conduce directamente por Turin al campo de batalla de Marengo, sino que comienza por asegurarse la vuelta hácia los Alpes por los dos puntos de Casale y de Pavía; y hácia los Apeninos tiene los de Savona y Tenda; así que estando seguro de que no podia ser detenido, dirige su línea contra Melas y le corta la suya. La misma enseñanza se saca de la línea de operaciones de Jena.

Las líneas de operaciones son *simples ó múltiples*. Entre estas últimas es preciso distinguir las *centrales*, que se dirigen contra muchas masas enemigas, de modo que el ejército pueda unirse mas pronto que el enemigo; las *exteriores* que se dirigen contra los extremos del enemigo; las *convergentes* que convergen á un centro desde puntos distantes, y las *divergentes* que salen de un punto hácia otros varios.

Por regla general, las líneas simples son las mejores, porque dividen ménos las fuerzas. Algunas veces, sin embargo, se hace necesaria una doble línea de operaciones, ya por las condiciones particulares del teatro de la guerra, ya porque el enemigo maniobra con dos masas; en cuyo caso deben preferirse líneas centrales á las exteriores, pues con ellas bien combinadas se podrá maniobrar de modo que se reuna el grueso de las fuerzas para batir separadamente cada una de las masas del enemigo. En fin, es evidente que una línea doble, cualquiera que sea, no tiene ningun inconveniente necesario cuando la superioridad sobre el enemigo es tal que baste para no temer que este venza á una de las divisiones. Por lo demas, estas líneas se calculan en razon de la fuerza del ejército, de modo que al aproximarse el ejército no se halle ni muy unido, ni muy extendido. Las posiciones centrales que forman un ángulo saliente hácia el enemigo, por ejemplo la Suiza, tienen la ventaja de llevar naturalmente á aceptar las líneas exteriores; por lo que semejante posición, cuando se posea, se debe considerar en estrategia como de gran valor. Á falta de ellas, se puede buscar el medio de llevar directamente las líneas de operaciones al centro del enemigo, y la division de la derecha á la derecha para batir separadamente cada una de las masas contrarias.

Las líneas convergentes deben preferirse á las divergentes como mas conformes al principio fundamental de la estrategia, y porque cubren ademas con mas seguridad las comunicaciones. Sin embargo, las líneas divergentes tienen en ciertos casos la misma conveniencia,

como despues de una victoria ó de una operación estratégica, por medio de la cual se consigue dispersar las fuerzas del enemigo. En tal caso se debe emplearlas necesariamente para concluir de dispersar al enemigo; pero aunque divergentes, claro es que deben ser centrales, si no han de faltar á su objeto.

Muchas veces un ejército, precisado por los sucesos á cambiar un plan primitivo de campaña, se decide á dar una nueva dirección á sus líneas de operaciones. Este paso es de los mas escabrosos y á la vez de los mas importantes; y si le da un general prudente á la vez que de talento, puede producir grandes efectos porque destruye los cálculos del enemigo. Es muy conveniente para salir de una situación difícil. « Napoleon inventó varios, teniendo la costumbre en sus arriesgadas invasiones de tener dispuesto un recurso de este género para los casos imprevistos. Cuando la batalla de Austerlitz, habia ideado para un caso desgraciado tomar su línea de operaciones por la Bohemia, sobre Pasau y Ratisbona, que le ofrecia un país nuevo lleno de recursos, en vez de la de Viena que solo presentaba ruinas, y donde el archiduque Cárlos podia salirle al encuentro. En 1814 principió una maniobra mas atrevida, pero favorecida por los lugares, y consistia en detenerse al rededor de las fortalezas de Alsacia y de Lorena, abriendo á los aliados el camino de Paris; y en verdad que si Mortier y Marmont hubiesen podido unirse á él y si hubiera tenido cincuenta mil hombres mas, esta idea habria ocasionado decisivas consecuencias y terminado la guerra con brillantez (1).

El arte general de las líneas de operaciones consiste en combinar sus relaciones con las bases y con las marchas de los dos ejércitos, de modo que sea posible apoderarse de las comunicaciones del enemigo sin arriesgar las propias; por lo que los problemas que de aquí resultan, se reducen, á lo ménos en teoría general, á simples cuestiones de geometría.

No debemos figurarnos al general que piensa un plan de campaña como al que manda una batalla, entregado únicamente á la contemplación del terreno sobre que están maniobrando sus líneas y á las soluciones previstas por su talento; es preciso figurárnosle armado de compas, computando sus marchas y las del enemigo y comprobando su proyecto con las reglas de la geometría y de la aritmética. Es necesario saber que no se trata solamente de líneas rectas, sino tambien de las quebradas que nos suministra la geometría, ni de meras distancias, sino de las horas de marcha, es decir, de las dificultades, de los caminos obstruidos por los materiales y del cansancio de los hombres y de las acémilas. Así maniobraba Napoleon, dedicándose continuamente á estudiar los mapas, donde probaba todas las combinaciones, procurando sin descanso, con sistemas de marchas hábilmente

(1) JOMINI.

pensadas, ganar terreno sobre el enemigo. « Provisto de un compas de escala de siete á ocho leguas en línea recta, apoyado y tal vez echado sobre su mapa, donde estaban marcadas con alfileres de diferentes colores las posiciones de su ejército y las que suponía en el enemigo, ordenaba sus movimientos con una seguridad de que no puede formarse idea. Transportando este compas con rapidez de un punto á otro del mapa, comprendía en un momento cuántas marchas eran necesarias para que cada uno de sus cuerpos llegase al punto donde debía encontrarse en un día dado; colocando luego los alfileres en los nuevos puntos, y combinando la velocidad de la marcha que sería preciso prescribir á cada columna con la época probable de su partida, daba aquellas disposiciones que hubieran sido suficientes para hacerle célebre (1). » De este modo preparaba golpes infalibles, conduciendo los ejércitos como por la mano, reuniéndolos, dividiéndolos, y maniobrando desde un extremo á otro de Europa con la misma precisión y seguridad que en el campo de batalla. De este modo decidió estratégicamente tantas campañas, previstas y aun escritas de antemano en su pensamiento.

Nadie infiera sin embargo de tales consideraciones geométricas que en estrategia hay que medirlo todo matemáticamente. En la aplicación un buen general no pierde de vista sus reglas; pero tampoco se deja encadenar por ellas. Las desigualdades del país mas ó ménos transitable en uno ú otro sentido; el secreto y la rapidez de las operaciones que permiten ganar mas ó ménos tiempo sobre el enemigo; el valor moral de los ejércitos, que permite á uno arriesgarse hasta donde el otro no se atreveria; la capacidad y el carácter de los generales, y otras consideraciones particulares, forman otros tantos elementos que se escapan al compas, y que sin embargo se cuentan en los cálculos de la estrategia tanto como la medida regular de las distancias. No hay gran general que no se haya reído á veces de la prudencia teórica y que no haya recibido el premio cuando lo ha hecho con habilidad. Precisamente en la invención de reglas particulares, aplicables especialmente á las circunstancias presentes, es donde se manifiesta con mayor grandeza el talento de la guerra. En estrategia es preciso reconocer reglas generales, á lo cual conduce la observación regular de su principio fundamental; pero se debe, respetando el principio, conceder al genio el derecho de excepcion.

5º Solo nos falta decir cuatro palabras sobre los *refugios*. Un ejército en país enemigo debe estar siempre en comunicación con su base, no solo porque de ella saca su subsistencia, sino para tener la retirada mas segura y natural en el caso de un descalabro que siempre debe prevverse. Sin embargo, aunque un ejército sea dueño de retirarse cuando quiera á su base,

(1) JOMINI.

por poco distante que esta se halle, es de sumo interes tener puntos de defensa mas próximos en que apoyar su retirada. « Cuando se entra hostilmente en un país, se pueden y aun se deben formar bases eventuales, que sin ser tan fuertes y seguras como las de las propias fronteras, puedan considerarse como bases pasajeras. Una línea de rio con cabezas de puente y una ó dos grandes ciudades libres de sorpresas, para cubrir los grandes depósitos del ejército y servir de punto de reunion de las tropas de reserva, serian una excelente base de esta especie. Pero como todo ejército batido en país enemigo puede estar siempre expuesto á ser cortado por el enemigo fuera de sus propias fronteras si persistiese en permanecer en el país, debe tenerse entendido que tales bases temporales lejanas sirven mas bien de punto de apoyo instantáneo que de base real (1). »

No siendo posible hallar siempre en el país invadido puntos convenientes para estas bases, se sustituyen con cuerpos de reserva. Su ventaja es indudable, y aunque por otra parte tengan el inconveniente de disminuir la fuerza del ejército, las campañas modernas demuestran que no puede darse gran fondo á las líneas de operaciones sin establecerlos de trecho en trecho. Estas reservas estratégicas sirven para reponer la fortuna de una campaña como las reservas tácticas para restablecer una batalla; ademas de que para ellas pueden emplearse los reclutas y los convalecientes con solo añadir algunas tropas útiles. « Las reservas son convenientes con especialidad en los países que presentan doble frente de operaciones; pudiendo en tal caso estar en observación del segundo frente, y si hubiese necesidad, concurrir á las operaciones del ejército principal, si el enemigo amenazase sus flancos ó si un accidente desgraciado obligase á aproximarse á la reserva. No es necesario añadir que es preciso evitar los destacamentos aventurados, y cuando se pueda pasar sin tales reservas, conviene hacerlo ó emplear solo los depósitos. No es decir que sean inútiles en las invasiones lejanas ó en el interior del país propio, pero si se hiciese la guerra á cinco ó seis jornadas de distancia de la frontera para disputar una provincia limitrofe, serian un destacamento enteramente superfluo. No son necesarias la mayor parte de las veces en país propio; solo en el caso de invasiones serias, cuando se hagan levas numerosas, podrá parecer indispensable semejante reserva en un campo atrincherado, y estando protegida por una plaza que sirva de gran depósito. Al general corresponde juzgar de su oportunidad segun el estado del país, el fondo de la línea de operaciones, la naturaleza de los puntos fortificados que en ella se poseen y la proximidad de alguna provincia enemiga: asimismo determinará lo conveniente acerca de su situación, y del modo de sacar ventaja de los destaca-

(1) JOMINI.

mentos que ménos debiliten el ejército (1). » Napoleón que había enseñado á dar tanto fondo á las líneas de operaciones, las sostuvo siempre con las reservas. En 1797 tuvo sobre el Adigio el cuerpo de Jaubert y despues el de Víctor; en 1805 los cuerpos de Ney y de Augereau sirvieron alternativamente de reserva en el Tirol y en Baviera, como los de Mortier y Marmont al rededor de Viena. En 1806 el cuerpo de Mortier formó una reserva á orillas del Rhin; otra en Maguncia el de Kellermann, que luego tomó posición entre el Rhin y el Elba, despues que el primero fué trasladado á Pomerania: finalmente, cuando el ejército llegó hasta el Vistula, Napoleón tuvo el proyecto de formar una nueva reserva de sesenta mil hombres que debía fijarse en las riberas del Elba. En 1812 al dirigirse á Moscú, el príncipe de Schwartzenberg y Regnier se quedaron cerca del Bug, mientras Macdonald, Oudinot y Wrede defendían el Dwina, el duque de Belluno cubría á Smolensko, y Angereau le sucedía entre el Vistula y el Oder. No es esta ocasión de decir por qué experimentó el ejército en su retirada aquellas indecibles desgracias á pesar de tantas reservas.

Creemos haber dicho bastante acerca de las reglas fundamentales del ejercicio de la guerra, confirmadas por el análisis de las más célebres campañas, pues el buen sentido debía guiar naturalmente á ellas á todos los hombres de ánimo bastante fuerte para asistir sin conmoverse á las terribles operaciones de los ejércitos. Sin embargo, á pesar de la sencillez de las reglas, como es infinito el número de las combinaciones y de las extratagemas á que da lugar el cambio de posiciones, la disposición de los ejércitos y la forma de las batallas, resulta que el ejercicio de la guerra es uno de los más difíciles, sin contar la necesidad de conservar en él la calma y la serenidad. Por esto se han visto pocos que hayan reunido las condiciones indispensables á un gran general; y de aquí también procede la admiración de que son objeto, no solo por los resultados que dan, sino por las raras cualidades que poseen.

Un gran general es necesariamente un grande hombre; y si se dedicase á otros asuntos distintos de la guerra, le harían ilustre las mismas cualidades. La primera condición para aspirar al mando es la elevación de carácter. No basta ser valiente hasta el punto de permanecer impasible en medio de los peligros y horrores de la batalla; no es suficiente dirigir la vista con tranquilidad por el teatro de la guerra, ni seguir los movimientos de los ejércitos que marchan por diversas líneas, ni tener esa viveza de concepción que hace inventar lo que no está al alcance del adversario; ni la vista que descubre y mide las filas enemigas cuando se creen más ocultas, ni la prudencia que adivina sus planes y los destruye al mismo tiempo previniéndolo

(1) Jomini.

todo; ni tener siempre presente su propia experiencia, ni la de los anteriores; ni saber mandar ni inspirar confianza á la multitud que dirige y cuya suerte depende de una señal suya; ni conocer á los hombres, y distinguir quiénes son á propósito para un servicio elevado, dando á cada uno el puesto que merece é infundiendo obediencia y valor; no basta todo esto, sino que es necesario además, que sea capaz de sentirse á cada instante responsable de la suerte de los Estados y seguro de sí mismo, así en la victoria como en la derrota, y que en ningún caso se halle agobiado por el peso de tan grande carga. « La salvación como la ruina del Estado están en su mano. Precisado á adoptar resoluciones rápidas, decisivas en medio del campo y del estrépito de las batallas, debe decidir con frecuencia de la suerte de muchos millones de personas sin tener apenas tiempo para reflexionar; y sin embargo, se cree que no se decide sino despues de tener un perfecto conocimiento del estado de las cosas. La ejecución de un proyecto exige más ó ménos tiempo, y sin embargo, el general no conoce muchas veces las circunstancias sobre que ha de resolver, sino en el momento en que sería preciso proceder á la ejecución de las providencias adoptadas. Entonces se ve obligado á juzgar, decidir y ejecutar con tal rapidez, que es indispensable estar acostumbrado á abrazar de un golpe estas tres operaciones, penetrar las consecuencias de los diferentes caminos que se presentan, y elegir al instante el mejor medio de ejecución. Pero esta vista penetrante que todo lo abarca, la poseen solo los que han profundizado la naturaleza de la guerra con meditados estudios, han aprendido perfectamente las reglas, y por decirlo así, se han identificado con ellas. Los grandes resultados no se consiguen sino con grandes esfuerzos. Pero ¡cuán dulce es la recompensa que se halla en la satisfacción interior que causan los servicios, en la gratitud de la patria, en el aprecio de los contemporáneos, en la admiración de la posteridad!... No basta lo que se ha visto por sí mismo, porque ¿qué vida es tan fecunda en acontecimientos que ofrezca una experiencia universal? ¿Quién tiene ocasión de ejercer el arte del general ántes de serlo? Aumentando, pues, los conocimientos propios con los ajenos, estudiando las investigaciones de los predecesores, tomando por término de comparación las operaciones militares y los grandes sucesos históricos, se puede esperar adquirir pericia. ¿Pero cuántos adelantos no hará en esta difícil ciencia el que provisto de los conocimientos preliminares principie en el punto donde otros han concluido y siga con perseverancia el camino de sus predecesores (1)? »

En efecto, la estrategia no es ciencia fija; sus adelantos han sido continuos en todos los buenos períodos militares, y puede decirse que todos los grandes generales están marcados en

(1) Príncipe CARLOS.

la historia por alguna novedad. No es que hayan variado los principios; ni podría suceder esto, siendo tan imperiosamente dictados por la naturaleza de las cosas, idéntica en todos tiempos: las reglas del buen sentido son eternas. Lo contrario sucede en sus aplicaciones, en las cuales hay tanta multiplicidad como sencillez en los principios; y el exterior de los sucesos pudo hacer creer por mucho tiempo á los que no reflexionan sobre ellos con intensidad, que la dirección de las grandes operaciones de la guerra era un arte sin teoría y de mera inspiración; hasta hace poco tiempo no se ha llegado á descubrir lo que hay de constante en medio de esa variedad casi infinita, ni á formar la doctrina general de la estrategia. Los grandes capitanes tuvieron siempre conciencia de esta doctrina; pero ellos solos la conocían y la habían conocido por sí mismos y para sí mismos; pero solo en los límites particulares del uso que de ella habían de hacer. Nadie la había enseñado didácticamente, ni figuraba en el tesoro regular de las ciencias humanas. En este estado se hallaba á mediados del siglo XVIII, y el mariscal de Sajonia en un pasaje de sus *Réveries* señala perfectamente aquel estado: « La guerra es una ciencia cubierta de tinieblas, por las cuales no se camina con paso seguro; son sus principios la costumbre y las preocupaciones, consecuencia natural de la ignorancia. Todas las ciencias tienen principios, solo la guerra carece de ellos; los grandes capitanes que han escrito acerca de ella no nos los dan; es preciso ser muy inteligentes para entenderlos. Gustavo Adolfo creó un método; pero no se siguió porque se aprendía prácticamente. No hay más que usos; los principios nos son desconocidos. » Las diestras guerras de Felipe II llamaron la atención de Europa y despertaron en todas partes nueva afición á los estudios militares; principiando muchos escritos importantes á fines del siglo XVIII á sacar de las tinieblas la ciencia de la guerra. Sin embargo, hasta entonces se había atendido más á la táctica que á la estrategia, según lo hacían los antiguos; hasta que las gigantescas guerras del Imperio, dilatándose en un extenso teatro por medio de tan vastas operaciones, tuvieron la gloria de determinar la expresión completa de la teoría de los ejércitos. Despues de ellas, é inspiradas por ellas, aparecieron muchas obras especiales de estrategia; y hoy definida ya, sino desarrollada enteramente, esa porción importante de los conocimientos humanos se ha colocado á la luz del día y en un terreno separado donde domina á las otras partes del arte militar.

No debe olvidarse, sin embargo, que en la historia de la estrategia léjos de preceder la teoría á la práctica, va detrás de esta con gran trabajo: los inventores son los operadores, no los escritores; y la pluma de los teóricos no hace más que traducir lo que está demostrado por la espada. ¿Qué autor hubiera ideado aquella estrategia vehemente de que dió ciem-

plo al mundo el pueblo francés en su memorable lucha por la independencia? De la grandeza de los sentimientos que entonces se desarrollaron, de la energía de los jefes, del patriotismo incansable de los soldados, nació aquel admirable sistema de marchas tan diferente del que hasta aquella época se había usado, y las operaciones extendiendo las líneas, se pusieron al nivel de la exaltación de los ánimos. Los catorce ejércitos producidos en 1793 por la República francesa según un alistamiento enteramente nuevo dieron las primeras lecciones del arte moderno. Como no tenían tiendas, durmieron al raso sin necesidad de formar campamentos; no teniendo almacenes ni panaderías, se vieron ménos apurados para cubrir las líneas y vivieron de requisas impuestas en el mismo teatro de la guerra; la movilidad de las tropas se aumentó de repente de un modo increíble; los metódicos movimientos de los Alemanes fueron trastornados por aquellas marchas nunca vistas; ya no se trataba de espiarse con cautela, de amenazarse con posiciones, de intentar sorprender una plaza ó defenderla, de proponerse por término general de una campaña la ocupación de alguna provincia insignificante; se procedía á las grandes invasiones, á tomar las capitales, á aniquilar los ejércitos; se dieron golpes como nunca se habían dado en las guerras regulares, y la Revolución francesa dió de este modo origen á los maravillosos cambios que se han verificado en la práctica de la guerra.

En una palabra, la que triunfa es siempre la moral de los hombres; esta anima á los soldados, ilumina á los jefes, inspira las grandes empresas y produce la victoria. Este es el secreto esencial de la estrategia, la cual merece tanto más el estudio y la admiración de los hombres cuanto que exigiendo el mismo valor por parte de los soldados que talento y arte por parte de los jefes, tiende á abreviar la guerra y no es su objeto directo verter sangre. La captura del ejército austriaco delante de Ulma, sin batalla y con el único poder de las combinaciones estratégicas, será siempre uno de los hechos más insignes de la historia militar, de aquellos en que la superioridad del espíritu sobre la fuerza material se muestra á las claras, aun en lo que parece más material, es decir, en la guerra.

B. — Táctica.

Según Polibio, la táctica es el arte de elegir cierto número de hombres para combatir, distribuirlos en filas y lugares, é instruirlos en cuanto tiene relación con la guerra. Arriano dice lo mismo con corta diferencia: que consiste en reunir y poner en orden una porción de hombres, distribuirlos en diferentes cuerpos, establecer correspondencia entre ellos y arreglar su número y fuerza en proporción del ejército, para facilitar la colocación y despliegue

el día de la batalla. Los modernos la definen de otro modo; y el príncipe Carlos la llama (como hemos visto) el arte de llevar á efecto los planes formados por la estrategia: Jomini el arte de combinar y llevar á cabo bien las batallas. Estos se refieren á la victoria, aquellos á las diferentes formas de los ejércitos; estos á las disposiciones, aquellos á los efectos; lo uno llevaría al campo una parada, lo otro enseña los medios de obtener el principal fin de la guerra.

Por esto habría quien propusiese que se conservara á la primera el nombre de *táctica*, aplicando á la otra el de *nicología* ó ciencia de la victoria; pero comunmente se llama *gran táctica* á la una y *elemental* á la otra; aquella manda, esta obedece; aquella determina los planes, esta los lleva á cabo; la una es la arquitectura que imagina las líneas, distribuye las masas en las proporciones convenientes al fin la otra es la construcción que realiza lo que aquella proyectó (1). Mirando la táctica á cierta altura, se confunde con la estrategia; y aunque esta no puede tratar de la lucha con las fuerzas enemigas, aquella debe hacerse cargo de los elementos de esta; no basta que indique las líneas generales del conjunto, sino que debe separar las particulares de cada cuerpo y las leyes precisas de su movimiento.

Las principales obras sobre este asunto son el *Tratado de táctica* del marqués de Ternay y el *Compendio del arte de la guerra* del general Jomini: y nosotros tomaremos de ellas lo mas conveniente para manifestar que los sucesos de la guerra dependen del espíritu humano, y que en ellos influye seguramente la fuerza; pero con dependencia de la moral y de la inteligencia.

La táctica debe cuidar en primer término del individuo; pero nosotros no haremos mas que tratar del conjunto de los ejércitos, es decir, de las marchas, de la formación de los órdenes de batalla y de las disposiciones posteriores.

Las *marchas* pueden considerarse como el punto esencial de la táctica. Hay que marchar para formar un orden de batalla, para retirarse despues de un descalabro, para aprovecharse de la victoria y por pura defensa. La táctica considera solo las marchas que se verifican al alcance del enemigo, y son de *maniobra* ó de *posicion*, segun tienden á atacar al enemigo ó á colocarse en algun punto.

No pudiéndose mover ejércitos numerosos como los modernos sin dividirlos en varios cuerpos, es necesario que las diferentes secciones se adelanten con orden por caminos diferentes, y de manera que tomen por medio de movimientos combinados una disposición de batalla. Debe tener por tanto cada una delante de sí un camino abierto y reconocido ó por donde pueda adelantarse con ayuda

(1) *Encycl. nouvelle.*

de los zapadores. Por lo mismo, cuando un ejército llega á una posición, se hacen abrir caminos en todas las direcciones que podría verse precisado á seguir, cuando sea posible; y cuando no sea conveniente, para engañar al enemigo se hace un camino en puntos por donde no se ha de marchar y para no vernos precisados á seguir una dirección determinada.

La dirección de la marcha no es fija. Algunas son perpendiculares al frente del enemigo, otras paralelas, en otras se pasa de una dirección á otra; parte del ejército marcha de flanco, mientras el resto de frente. Las marchas oblicuas se reducen á las particulares, refiriéndose á aquella á que mas las aproxima su oblicuidad.

La clase de marcha que se debe seguir depende de la propia posición, de la del enemigo y del punto adonde ha de llegarse. Las paralelas se verifican por flanco, es decir, dividiendo el ejército en columnas por línea; las perpendiculares se verifican tambien en muchas columnas, pero compuestas en general de tropas de dos líneas. Y como las marchas por flanco y de frente constituyen los dos movimientos fundamentales, entre ellas se dividen las reglas relativas á las diversas maneras de desplegar, de disponer y conducir las varias partes del ejército.

Las marchas de posición no se diferencian de las anteriores sino en la necesidad de conducir los bagajes al mismo tiempo que las columnas; de modo que las reglas varían solamente en cuanto hace referencia á la seguridad de este material. Y seguramente de tal circunstancia resultan muchas disposiciones particulares que son de dos clases: en el caso en que se crea que ha de haber precisión de combatir, se aligera cuando se puede al ejército, dejando detras los bagajes gruesos bien custodiados; y si la marcha no ha de sufrir detención de ningun género, los bagajes van con el ejército.

Despues de las marchas viene el arte de formar los *órdenes de batalla*; pero antes es preciso saber cómo se conserva la union necesaria en las partes de que se compone el ejército, las cuales siendo diferentes por su naturaleza y movilidad, tienden naturalmente á desunirse cuando se ponen á la vez en movimiento. El estudio de las propiedades particulares de las diferentes armas presenta reglas generales para ello, no ménos que para la disposición particular de cada arma, y para combinarlas una con otra. Es en cierto modo el cálculo dinámico de la composición intrínseca de los ejércitos, comun á todos los órdenes de batalla, sin referirse mas que á la forma.

Lo mas complicado en la táctica es la formación de los órdenes de batalla, y para demostrarlo basta indicar sus diferentes clases.

Un ejército puede maniobrar teniendo unidas sus fuerzas ó formando varios cuerpos separados. De aquí nacen las dos grandes clases: órdenes *contiguos* y órdenes *separados*.

Los contiguos son los mas regulares y comu-

Órdenes de batalla.

nes, y su división mas general es en *ofensivos* y *defensivos*. En realidad no se usan los órdenes puramente defensivos, ni puramente ofensivos; pero la diferencia de objeto en estas dos clases de batalla lleva consigo por necesidad una diferencia en su formación. La del primer orden tiende á llevar rápidamente la mayor parte de las tropas á los puntos adonde se quiere dirigir el ataque, y la del segundo á llevarlas á los puntos amenazados.

No pudiendo el ejército emprender una operación ofensiva sino despues de una marcha de frente, de flanco ó mixta, vamos á examinar separadamente las disposiciones que corresponden á cada clase de marcha.

Las maneras de desplegarse el ejército despues de una marcha de frente varían segun que se quiere presentar: 1º una formación paralela; 2º otra atacando una sola ala con la simultánea ó sucesiva extensión de las columnas; 3º una formación para atacar las dos alas; 4º para atacar el centro; 5º para atacar un flanco; 6º para atacar la retaguardia. Estas son las formaciones normales, pero son necesarias otras reglas para los casos extraordinarios, algunos de los cuales pueden preverse; por ejemplo, aquellos en que se debe alternar el orden de marcha, en que es preciso formar la disposición ofensiva en el flanco de la marcha, en que se necesita dar tales disposiciones detras ó al frente de un ejército que lleva una marcha retrógrada ó detras de un ejército que camina de frente.

Tienen mucho mas interés las diferentes maneras con que el ejército se coloca despues de una marcha de flanco, porque es la mas frecuente en atención á que son mas los terrenos en que puede marchar de flanco un ejército sin separarse que aquellos en que puede hacerlo de frente. Ofrecen tambien mayor ventaja porque se ejecutan con mayor rapidez, y es mas difícil que las columnas se salgan de su posición.

La disposición ofensiva despues de las marchas mixtas es mucho mas complicada, y se diferencia el caso en que la marcha mixta es regular de aquel en que es irregular, y de aquel en que hay precisión de adoptar una disposición diferente de la que preparaba el orden de la marcha.

Despues de enseñar los movimientos con que se coloca en batalla un ejército, la táctica examina tambien los movimientos que vienen despues de la formación preliminar y que se enlazan con ella; de donde nace un nuevo orden de cuestiones relativo tambien al mecanismo puro de los ejércitos.

Los movimientos posteriores á la formación del orden de batalla son de dos clases: los unos tienden á continuar el ataque y modificarle segun las circunstancias; los otros á evitar el ataque del enemigo, es decir, á ponerse en retirada.

De los movimientos ofensivos, unos tienden

solo á modificar las disposición del ejército, abandonando ó reforzando ciertos puntos del orden primitivo; y otros á atacar directamente al enemigo. Entre estos últimos se distinguen aquellos en que el ejército no separa ninguna de sus partes; aquellos en que separa alguna; aquellos en que las distintas partes del ejército deben maniobrar en direcciones convergentes; es decir, que se refieren á ataques de flanco, ó á ataques de flanco y de retaguardia combinados entre sí, ó con ataques de frente. Ademas son necesarias reglas para los movimientos que debe hacer el ejército á medida que avanza hácia el enemigo, segun que esté lanzado de su posición, tome otra nueva con orden, ó que se retire en desorden en país abierto ó por desfiladeros. Conviene cuidar mucho de estos últimos movimientos; porque completan la victoria con la total destrucción de la fuerza enemiga.

Los movimientos de retirada, aunque poco importantes en apariencia, son, sin embargo, los mas difíciles del arte, y por consecuencia los mas gloriosos de la táctica, cuando están bien ejecutados. Su dificultad proviene en gran parte de que es una combinación enteramente imprevista la que hace perder la batalla, determinando el movimiento que ha de improvisarse para la retirada. Ademas conviene maniobrar con instrumentos ligeros, tanto para evitar la pérdida de hombres y materiales como para el caso de dispersión, pues en la retiradas rara vez se puede maniobrar con método. De todos modos es preciso marcar las reglas relativas á la colocación de las tropas en los diferentes casos.

En primer lugar, la teoría de las retiradas atiende al modo de retirar de una batalla las tropas, ya se halle empeñado en ella todo el frente, ya solo una parte; en segundo lugar, al modo de verificar la retirada propiamente dicha, en la que hay que distinguir dos casos: cuando puramente retrógrada, y cuando se lleva á cabo por flanco.

En el primer caso, que es mas general, las maniobras varían en gran manera con arreglo á las circunstancias, y pueden distinguirse las siguientes: 1º cuando todo el ejército puede lanzarse por desfiladeros; 2º cuando se ve precisado á atravesar un terreno á propósito para ordenarse; 3º cuando parte del ejército puede pasar desfiladeros y el resto atraviesa un campo descubierto; 4º cuando parte del ejército puede continuar haciendo frente mientras el resto se retira; 5º cuando la naturaleza del terreno ocupado por el ejército hace que pueda retirarse con seguridad, y que algunos puntos de la posición que deja sean ocupados mientras no está en plena retirada. Cualquiera que sea el caso en que se encuentre, es principio general que siempre que es necesario retirar perpendicularmente á su dirección tropas colocadas en escalones directos é indirectos, conviene formar con estos escalones una sola línea continua, por medio de un movimiento de con-